

un favor la pido: que salga de esta casa y que no se la ocurra más poner los pies en ella.

ISIDRA.—¡Me echas de tu casa!

J. JOSÉ.—Sí, la echo á usted.

ROSA.—Pero...

J. JOSÉ.—¡No has oído que calles! (A Isidra). Nada quiero de usted, lo repito; ni el pan que me ofrece y se me atravesaría en la garganta antes de tragarlo; ni esta lumbre maldita (*empuja con el pié el brasero que medio se vuelca*) que me enciende la cara y me da más frío en el corazón que la nieve de la calle en el cuerpo. ¡No quiero nada, nada más que no verla á usted! Con que andando y de prisa, si no prefiere usted que la coja por el cogote y la eche yo mismo...

ISIDRA.—¡Basta, hombre, basta! Ya me voy. ¡Tú te arrepentirás!



El Cano (SR. VALLÉS)



Un cabo de presidio (SR. URQUIJO)

ESCENA VII

ROSA, Y JUAN JOSÉ

J. JOSÉ.—¡Arrepentirme!

ROSA.—No te arrepentirás, no hay *cuidao*. Sería la primera vez que te arrepintieses de tus prontos.

J. JOSÉ.—¡Mis prontos.! ¿He hecho mal despidiéndola?

ROSA.—(Con ironía). ¡Quiá! ¡Si lo has hecho perfectamente! ¿A qué ha venido la seña Isidra? A ofrecerme una cazuela de sopas y á traerme un cogedor de cisco. ¡Mía que ofrecernos eso á nosotros, que tenemos medio cordero en el fogón y un quintal de cok en la chimenea! ¡Es mucho faltar! ¡Bien prudente has *estao!*..

J. JOSÉ.—Pero, ¿estás ciega ó te burlas de mí? ¿Aún no has entendido lo que huronea esa mujer? ¿Es que te has propuesto no entenderlo?

ROSA.—Como nada malo me ha dicho, nada malo tengo que pensar de ella.

J. JOSÉ.—¿Con que no...? ¿Con

que te encierras en negar sus propósitos? ¿Con que no los conoces?

ROSA.—No. Solo sé que por causa de tus cavilaciones y de tus recelos, estamos como estamos.

J. JOSÉ.—¡Rosa!

ROSA.—No te incomodes. Ya te se ha satisfecho el gusto. ¿Qué más quieres si *te has salido con la tuyo?* ¡Aunque yo reviente, no te importa!

J. JOSÉ.—Pero, ¿cómo voy á portarme? ¿Iba yo á sufrir que Paco te cortajase y me ofendiese, por no perder el jornal que me daba? ¿Voy por una *cuchurra* de sopas á conformarme con los trapicheos de la Isidra? ¿Voy á hacer eso? ¿Te has creído que voy á hacer eso? ¿Quieres que lo haga? ¡Habla y acaba de una vez!

ROSA.—Yo me refiero á lo que sucede; á que tu genio nos lleva de mal



El Tabernero (SR. MANSO)

en peor, y te pregunto hasta cuando van á durar estas desdichas.

J. JOSÉ.—Tú...

ROSA.—Sin duda tendrás algún medio *pa* salir del atranco, cuando te atreves á resollar tan fuerte. ¿Lo tienes, ¿verdad?

J. JOSÉ (*Desesperado*). No; no tengo ninguno; ¡ninguno!

ROSA.—¿Qué aguardas entónces? ¿Que yo me consuma aquí dentro como un candil falto de aceite...? Claro, como los hombres entráis y salís, nunca os falta un amigo que os convide á una cesa ú otra. Con eso se va uno defendiendo, y á la mujer que la parta un rayo.

J. JOSÉ.—Pero ¡qué hablas!... ¿No sabes que si álguien me diera un pedazo de pan, ese pedazo de pan llegaría á tus manos sin que yo lo tocara? ¿No comprendes lo que tú significas *pa* mí? ¿Ignoras que desde el punto de conocerte, solo en tí he *pensado*, y de cuanto he tenido has dispuesto? *Pa* mí se acabó el mundo al mirarte. Amigos, diversiones, ¡hasta el vaso de vino que tomaba en la taberna al volver de la obra!.. A trabajar *pa* ella, me dije, y con calor, con frío, cortándome el viento la carne ó abrasándome el sol la piel, cantaba yo encima del andamio, más contento que nunca, porque aquel frío, y aquel calor, y aquel dale que le das sin descanso, eran mi jornal, el cuarto donde habitas, tu comida diaria, tu paseo de los domingos, el vestido de percal *pa* tu cuerpo, el mantón de lana *pa* tus hombros, ¡tú entera que vivías por mí! ¡Qué me

importaban el cansancio, y la faena y el peligro! ¡Cálculate lo que iba á importarme padecer de día, si me esperabas tú por la noche! Ahí tienes lo que he hecho, lo que haría hoy mismo si pudiese; lo que deseo hacer... Si hasta pediría *pa* tí una limosna... ¡*pa* tí, *pa* mí no!.. ¡si no creyera que ibas á avergonzarte de que esta juventud y estos brazos servían solo *pa* echarse *pa* adelante y pedir por Dios! ¡Y aún dices que no me interesas, que te abandono y te descuido..! ¡No lo digas, Rosa, no lo digas! ¡Por tí lo intento yo todo, todo!... ¿Qué quieres que haga?

ROSA.—Tú lo sabrás. ¿Qué voy yo á decirte? ¿Qué se yo?

J. JOSÉ.—¿Nada más que eso me contestas?

ROSA.—¿Qué voy á contestarte? Como no te conteste que no he comido desde ayer, y que esta noche nos helaremos juntos en aquel camastro...

J. JOSÉ.—¿Tú crees que yo puedo evitarlo?

ROSA.—¿Crees tú que se puede vivir de este modo?

J. JOSÉ. ¡Rosa!

ROSA.—No; así no se vive; así no se puede vivir...

J. JOSÉ.—Y, ¿cómo impedir lo que está ocurriendo? ¿No pido trabajo? ¿No lo busco? ¿Tengo la culpa de no encontrarlo?

ROSA.—¿La tengo yo de que no lo encuentres?

J. JOSÉ.—¿Qué te propones al contestarme *de* esa forma? ¿No es bastante martirio el mío *pa* que tú los aumentes? ¿Te has propuesto desesperarme?

ROSA.—No me he propuesto nada; te cuento lo que hay; te lo pongo delante de los ojos. ¡Tú eres el hombre y debes resolver, porque yo no resisto más!

J. JOSÉ.—¿No?

ROSA.—¡No!

J. JOSÉ.—¿Te has olvidado de que la mujer tiene obligación de sufrir por el hombre que vive con ella?

ROSA.—¿Te has olvidado tú de que el hombre tiene obligación de que no se muera de hambre la mujer que vive con él?



Andrés (SR. BALAGUER)



Toñuela (SRTA. SUAREZ)



Seña Isidra (SRA. ALVAREZ)

darme sin tí! ¡Si te quiero más que á las niñas de mis ojos! ¡Si al ponerte la mano encima he sentido el golpe aquí dentro!... (El corazón.) ¡Si me ha dolido más que á tí!... ¿No comprendes que me ha dolido más que á tí?

ROSA.—Comprende que me has *maltratado* sin motivo. ¿Qué te he hecho *pá* que me maltrates? Cuando todo me falta, ¿á quién voy á volverme?

J. JOSÉ.—¡A mí, Rosa, á mí! Si te digo que tienes razón; que he *procedido* malamente, que me perdones... Pero tú no sabes lo que es encerrarse de una mujer que vale *pá* uno lo que la Virgen del altar y tener *hincada* en el corazón esta espina. ¡Ojalá y no lo sepas nunca! Es un dolor muy perro; y cuando á uno le viene la basca, no da cuenta de sí... ¡Se aturrulla la cabeza, se llenan los ojos de sangre, se levantan los puños sin querer, ocurre lo que ocurre, sin que uno mismo pueda evitarlo, y se acabó!...

ROSA.—Y porque á tí te entren esas bascas y des en recelarte de mí y de cualquiera, ¿voy yo á sufrir tus *prontos* y á quedarme luego tranquila hasta que se te ocurra recelar otra vez?

J. JOSÉ.—No, Rosa, ¡te juro que no! ¡Te lo juro!... Ya no dudo; te creo... ¡Dime lo que te dé la gana y te creo! ¡Me hace tanta falta creer en tí!...

J. JOSÉ.—¡Oh! ¡Esto es *demasiado*!  
ROSA.—¡*Demasiado*, sí!  
J. JOSÉ.—¡Rosa...! ¡Tú eres mala...!  
ROSA.—¡No sé qué soy; pero carezco de todo, de lo más preciso, y no puedo pasar sin ello; porque sin nada, no se pasa! ¡Si tú no me lo das, tendré que buscarlo!  
J. JOSÉ.—¡Buscarlo!... ¿Has dicho buscarlo? ¡A ver, repite eso, repítelo...! ¡Vamos, que yo lo oiga!  
ROSA.—¿*!'* a qué he de repetirlo?  
J. JOSÉ.—¡No; si no tienes que repetirlo con la lengua, si lo repites con los ojos, si te sale por ellos la dañina intención! (Cogiendo brutalmente á Rosa por el brazo). ¡Eres una infame! ¡Una infame!  
ROSA.—¡Suelta, que me haces daño!  
J. JOSÉ.— ¡Daño...! ¡Mayor me lo has hecho tú á mí, y más adentro! ¡Eres una infame, te lo repito! ¡No; tú no mereces que se te trate como te he *tratado* yo!... A tí, hay que tratarte de otro modo: ¡como lo que eres, como lo que eras cuando te conocí!... ¿Cómo? ¡Así! (Levanta la mano y la deja caer sobre Rosa.)

ESCENA IX

ROSA Y JUAN JOSÉ

J. JOSÉ.—(Suplicante). ¡Rosa!... ¡Rosa! ¿No me contestas?... ¡Mírame!... ¿No quieres mirarme?

ROSA.—¡Verme como me veo por él y pegarme encima!... ¡Era lo único que faltaba y ya llegó!

J. JOSÉ.— ¡Oye: por lo que más aprecies en el mundo, oye!... ¡Quítate las manos de la cara! ¡Así! ¡Que yo te vea! ¡Que pueda mirarte!

ROSA. (Se parándose.) ¡Déjame!... ¿No dices que soy mala? ¡De lo malo se huye! ¡Déjame!

J. JOSÉ.— (Con pasión.) ¡Déjarte! ¡Pues si todo lo que hago es por miedo á que-



Rosa (SRTA. MARTINEZ)

ROSA.—Si te hace falta, ¿por qué te empeñas en lo contrario? ¿Por qué, en vez de oírme, la emprendes á trastazos conmigo? ¡Buen modo tienes tú de arreglar las cosas y de consolar á una!

J. JOSÉ.—¡Es que me has *tratado* de una forma y me has dirigido unas expresiones tan duras!...

ROSA.—¿No eran verdad? ¡Qué culpa me tengo de que la verdad no sepa mejor!

J. JOSÉ.—¡Verdad, sí, verdad! Todas tus palabras lo son. Verdad que yo me digo á cada momento, cuando entro aquí y te veo *desesperá*, sola, mal viviendo de la compasión de los vecinos; ¡tú! porque he *soñado* lo que no había *soñado* nunca, lo que no me ha traído nunca con pena, ser rico, muy rico, como esos que pasean siempre en coche... ¡Tú, por cuyo bienestar arrancaría piedras con los dientes! ¡Tú, que sufres, que no puedes resistir más; porque no puedes, porque si esto sigue, si no traigo á casa lo preciso, tú tendrás que abandonarme, y harás bien, porque no has nacido *pá* sufrir y *pá* martirizarte! Ahí tienes lo que yo imagino, lo que pienso, mientras el frío me hiela las lágrimas en los ojos... Pero cuando tú me lo dices, entonces, creo que yo no soy nadie *pá* tí, que estás deseando dejarme, que no me quieres, que quieres á otro, que ese otro va á robarme el cariño tuyo, y se secan mis lágrimas, y me vuelvo loco, y me dan ganas de matarte.

ROSA.—(Con *terror*.) ¡Calla; no pongas ese gesto! ¡Me espantas!

J. JOSÉ.—¡No te asustes, no; nada cavilo contra tí; esto es hablar! ¡Pero debemos hablar de otra cosa; de buscar un recurso que remedie nuestra desgracia! ¡Necesito que no padezcas más, lo necesito!

ROSA.—¡Un medio! ¿Cuál?

J. JOSÉ.—¡Uno, el que sea! (Deteniéndose un momento como si meditara. Después de una pausa, con *desaliento*.) ¡No lo hallo! ¡No lo hallo!... ¡No tengo donde hallarlo!... Hay pocas obras en tarea, las precisas, y sobra gente; las otras descansan, y si te acercas á los contratistas, á los dueños, te responden: «Más adelante, cuando entre el buen tiempo, cuando alarguen los días. Espera.» ¡Espera! ¡Como si el estómago pudiera esperar! ¡Como si se le pudiese decir al hambre:—«Aguarda, no nos muerdas hasta dentro de un par de meses;» y al frío:—«No nos entumescas las manos, no nos agarrotés el cuerpo; tén paciencia, hasta que podamos comprar una manta.» ¡Espera! ¡Espera á que alarguen los días! ¡Espera!... ¡Espera!

ROSA.—¿A qué te acaloras? ¿Qué consigues con acalorarte y con maldecir de la gente?

J. JOSÉ.—¿Qué consigo? (Amenazador.) ¡Enterarme de que no es justo que un hombre trabajador se quede sin trabajo; enterarme de que no hacen bien en negármelo los que me lo niegan; saber

que, cuando me quejo, llevo razón! ¿Te parece poco?... ¡Pues ya es algo!

ROSA.—¿Algo? (Sin comprender.)

J. JOSÉ.—Más que algo, mucho.

ROSA.—No te entiendo.

J. JOSÉ.—¡Me entiendo yo!... ¿Conque todos son á acorralarle á uno? ¡Pues el animal, cuando se mira *acorralado*, muerde!... ¡Yo también morderé! Si la bestia tiene ese derecho, mejor debe tenerlo el hombre, porque vale más.

ROSA.—(Con *temor*.) ¿En qué piensas? ¿Por qué arrugas el entrecejo?... ¿Por qué te retuerces las manos?... ¿Qué te pasa?... ¿Qué quieres decir?

J. JOSÉ.—¡Que deben acabarse nuestras fatigas: que no quiero perderte y lo te perderé!

ROSA.—¿Acabarse nuestras fatigas? ¿Cómo?

J. JOSÉ.—Aún no lo sé de cierto. Está aquí, aquí... (golpeándose la frente.) Lo veo como se ve al anochecer, muy oscuro. ¡Pero esta noche tendrás todo lo que necesitas, te aseguro que lo tendrás!

ROSA.—¿Vas á ver á alguien, á pedir?

J. JOSÉ.—¡Pedir! ¿Que pidan los viejos, los inútiles, los que no se pueden valer! El que como yo tiene fuerzas en los brazos y no es perezoso en la faena, y sabe ganarlo, sólo debe pedir una cosa, trabajo. Si no lo encuentra, si no se le dan... Entonces le queda un recurso, ¡uno!... No hay duda... ¡Ni sé cómo he *dudado* tanto tiempo!

ROSA.—¿Qué te propones?

J. JOSÉ.—Que no pases hambre, y miseria, y frío; que no me abandones; que no necesites ir á buscarlo; y antes que la mujer lo busque, lo busca el hombre. ¡Yo lo encontraré!

ROSA.—¡Oye!

J. JOSÉ.—Te digo que lo encontraré... ¡Espérame; tardaré una hora, dos; quizás menos, pero traeré á mi casa lo que en ella no hay, lo que tú me pides; lo traeré!... Lo juro por lo más *sagrado*, por... Los que han tenido madre, juran por ella. ¡Yo lo juro por tí!... ¡Espérame; adiós!

\*  
\*  
\*

Con lo copiado basta para que el lector que no haya visto representar el drama *Juan José*, saboree sus bellezas y comprenda el éxito grande que la obra del Sr. Dicenta ha alcanzado donde quiera que ha sido puesto en escena.



JUAN JOSÉ.—ACTO III.—CUADRO II.—ESCENA VII.—Rosa (SRTA. MARTINEZ), Juan José (SR. THULLER)



## BALBINA VALVERDE

Es la artista que con más simpatías cuenta, no sólo en la corte, en España entera. Su reputación es de las más justamente adquiridas.

Cuarenta y tres años consecutivos en constante comunicación con el público no han debilitado las excepcionales facultades de la señora Valverde, que hace una creación en cada nueva obra que la encomiendan.

Aquí donde todo se agota y los artistas disfrutan de una efímera gloria; donde tan numerosos ejemplos hemos visto de actores y actrices que después de haber sido adorados por el público han llegado á cansarle provocando su desvío, es verdaderamente extraordinario el caso de la señora Valverde y que demuestra el talento de esta eminente actriz.

Admirada por todos, con un nombre envidiable, querida y respetada, Balbina Valverde es la artista más justamente considerada y que más disfruta del favor del público.

\*\*\*

La señora Valverde ingresó en el Conservatorio de Música y Declamación el año 1857, siendo discípula de don José Luna, primero, y del célebre actor don Julián Romea, después.

A los pocos meses de su ingreso en el Conservatorio la gentil discípula fué pensionada, y al año siguiente alcanzó los premios en los concursos que se celebraron.

Los éxitos conseguidos en sus estudios por la señorita Valverde, extendiéronse rápidamente, y Ventura de la Vega, á la sazón director del Conservatorio, hizo que la contrataran en el Teatro Español de cuya compañía eran directores don José Valero y don Fernando Ossorio.

Debutó, pues, la Valverde en nuestro clásico teatro cuando apenas contaba dieciocho años de edad y el triunfo que alcanzó entónces fué uno de los más señalados entre los que después ha obtenido en su larga carrera artística. El celebrado autor don Javier de Ramírez presentó en el Teatro Español su comedia *La culebra en el pecho* y en esta obra le fué repartido á la señorita Valverde un papel importantísimo. El triunfo alcanzado por la jóven actriz fué ruidosísimo y desde aquel momento el nombre de

Balbina Valverde se destacó vigorosamente, adquiriendo gran relieve su personalidad artística y distinguiéndose de modo brillante al lado de celebridades tan grandes como Romea, Teodora Lamadrid, Valero, Arjona y otras eminencias que entonces formaban parte de la compañía del Teatro Español.

Aplaudida y festejada por el público, Balbina Valverde vióse solicitada por las empresas de los teatros de la corte, y poco después pasó á figurar en las listas de la compañía que actuaba en el teatro de Jovellanos. Hizo en este coliseo una brillantísima temporada, cosechando aplausos y viendo crecer por momentos su fama, y contratada más tarde para actuar en el Circo de la Plaza del Rey consolidó su reputación definitivamente.

Construído el Teatro de la Comedia para en él explotar un género nuevo, reunióse una compañía de lo más completo que en nuestros teatros hubo nunca. Fueron buscados los elementos de más valía entre actores y actrices, formándose un conjunto perfecto.

Balbina Valverde, ya en el apogeo de sus facultades, fué solicitada con insistencia para que entrase á formar parte de aquella compañía, en condiciones



SRA. VALVERDE EN EL SAINETE  
*El mundo comedia es ó el baile*  
de Luis Alonso

ventajosísimas. La *perla de la Comedia* llamaban entonces á la gentil artista, prensa, autores y abonados, y era la actriz que mayores simpatías tenía en el público.

Cinco temporadas consecutivas hizo la señora Valverde en el Teatro de la Comedia siendo cada día más festejada y aplaudida. Dejó de pertenecer á aquella compañía en 1870 para hacer una *tournee* por América con los inolvidables Rafael Calvo y Emilio Mario, con Teodora Lamadrid y con Arjona.

Aquella excursión fué afortunadísima y de resultados provechosos. A su vuelta de América, Balbina Valverde inauguró el Teatro Lara.

A partir de esta fecha, la biografía de la Valverde es sobrado conocida de todos. El teatro de la calle de la Corredera es *la casa de la Valverde*; desde que inauguró el teatro apenas construído, no ha dejado de actuar en él una sola temporada, y durante veintitres años ha venido haciendo las delicias del público.

\*\*\*

Balbina Valverde nació en Badajoz en 1840; cuenta, por consiguiente, en la actualidad, sesenta y un años.

No obstante, el público generalmente cree que su artista predilecta tiene bastante más edad. Esta creencia fúndala en el largo número de años que la señora Valverde viene actuando en los escenarios de la corte, y en la circunstancia de haber desempeñado siempre papeles de característica.

Los artistas dramáticos, por regla general, van adaptando sus facultades á aquellos papeles en que por razón de su edad pueden estar más afortunados. Así vemos muchos actores que habiendo desempeñado durante largo tiempo papeles de galanes, conviértense más tarde en característicos cuando su edad y su figura no se prestan ya á aquéllos, ni convencerían al público en el caso en que se propusieran interpretar una obra para la cual careciesen de facultades.

Balbina Valverde ha sido una excepción en el teatro. Después de debutar con aplauso en el Teatro Español, apenas salió de las aulas del Conservatorio, repartieronla un importantísimo papel en la comedia de Javier de Ramírez, antes



BALBINA VALVERDE (1894)



SEÑORA VALVERDE

EN *El mundo comedia es ó el baile de Luis Alonso.*



SEÑORA VALVERDE  
EN *El mundo comedia es ó el baile de Luis Alonso*

mencionada, *La culebra en el pecho.*

La señora Valverde interpretó aquella obra de un modo maravilloso haciendo una característica deliciosa y alcanzando un éxito ruidosísimo. Desde entonces las obras de dificultad eran encomendadas á la genial artista y con preferencia repartíanla siempre los papeles de característica.

No tiene, pues, nada de particular que el público en general participe de la creencia errónea de que la señora Valverde tiene más años

de los que realmente cuenta. La razón es sencilla: la Valverde comenzó á desempeñar papeles de característica á los diez y ocho años... ¡Para el público la Valverde es *vieja* desde que contaba aquella edad!

El arte de la Valverde está en la naturalidad con que representa. Hállase en escena con igual tranquilidad que está en su cuarto ó en la calle; habla y acciona sin la menor afectación y desde luego se advierte al verla trabajar que aquella naturalidad no es estudiada.

Este es el gran secreto de la actriz eminente, secreto que en vano han pretendido descubrir otros muchos artistas.

Cuando Balbina Valverde aparece en el escenario de Lara, un murmullo de satisfacción recorre toda la sala del teatro. Su aparición solamente hace sonreír al auditorio, y muchas veces se ha dado el caso de arrancar un aplauso unánime al público antes de haber pronunciado una sola palabra.

Su dominio de la escena es tan grande que verdaderamente asombra, pues jamás ningún artista ha logrado llegar á tal grado de perfección.

Sus maravillosas facultades permitenla interpretar los más distintos papeles, los más encontrados caracteres. Son innumerables las obras que han obtenido éxito gracias á la interpretación que las ha dado la Valverde, y sería interminable la lista de las que se han sostenido largo tiempo en los carteles proporcionando entradas colosales, sólo porque las hacía la Valverde.

A veces, de un papel insignificante ha hecho una verdadera creación, y no es exagerado decir que la inmensa mayoría del repertorio puesto en escena durante los últimos quince años ha sido escrito exclusivamente para la Valverde, y por ella ha venido representándose.

No es posible recordar una obra de éxito ruidoso á la que no vaya unido el



SRTA. ISABEL BRU EN «EL GÉNERO ÍNFIMO»

FOTOGRAFIA FRANZEN

